

Seis columnas

## 1

**Animales no domesticables****Pilar Quintana****El jaguar**

En el Orinoco, el extremo más oriental de Colombia, un viajero alemán me habló de un jaguar que tenían en una reserva del Pacífico, el extremo más occidental de Colombia. Me dijo que lo sacaban a caminar como a un perro, con collar y correa. Los jaguares no son animales domesticables; yo tenía que verlo.

Atravesé el país en bus –los llanos extensos, las tres cordilleras y los valles ardientes– y llegué al puerto de Buenaventura, donde todo es gris porque vive lloviendo. Ahí tomé una lancha rápida a Juanchaco, la última parada antes de la reserva del jaguar. El viaje, por un mar verde lleno de crestas, duró una hora.

Juanchaco es una comunidad negra con casas de tablas de madera y un muelle de hormigón que custodian los militares de una base naval que hay cerca. El Paisa, un blanco que organiza los paseos turísticos en la zona, me llevó a la reserva del jaguar. Primero fuimos en moto hasta un embarcadero en medio de la selva y luego navegamos en una lancha de madera por un estero de aguas turbias que nos condujo a mi destino.

El administrador de la reserva me dio la bienvenida sin entusiasmo. Al jaguar lo tenían en una jaula pequeña, de transporte, donde a duras penas podía estirarse y darse la vuelta y ya no lo sacaban a caminar como a un perro porque le había dado un zarpazo a un

turista y herido la pierna. Me dieron ganas de llorar. Pero el voluntario que se encargaba de él, es decir, que le tiraba la comida por entre las rejas, me dijo que iba a construirle una jaula digna. Se había rasurado la cabeza y prometido no dejarse crecer el pelo hasta no haberla terminado.

**Pajaritos y mariposas**

El voluntario era rubísimo y el pelo casi le llegaba a la oreja. La jaula tenía un árbol que el jaguar trepaba, una plataforma elevada que usaba para dormir y una piscina donde se bañaba. Había sido un reto construirla por las condiciones de la selva, la lluvia, el sol, los caminos empantanados y el transporte de los materiales desde Buenaventura, pero aun teniendo eso en cuenta le había tomado más tiempo del necesario porque se la pasaba fumando marihuana. Tenía un lema: «Yo no trabajo todos los días, pero cuando lo hago, trabajo duro».

Lo ayudé lo más que pude con trabajo físico y una donación en efectivo. Ya no quedaba nada que hacer por el jaguar, aparte de tirarle la comida por entre las rejas, de lo que nos encargábamos él o yo, los únicos voluntarios que permanecíamos. Anuncié que había llegado la hora de irme y él me dijo que estaba pensando arreglar la casa abandonada. Como no quise entender lo que insinuaba, agregé: «Arreglarla para ti, para nosotros».

La casa abandonada queda en lo profundo de la reserva, lejos del jaguar, los senderos, la administración y el hospedaje de turistas y voluntarios. Tenía un jardín de plataneras y un árbol con frutos que atraían a los

pajaritos de colores y a las mariposas *Morpho*, enormes, con alas de color azul metalizado. Era de material y había sido blanca, una casa con todas las de la ley en medio de la selva, construida en los tiempos de la explotación maderera para alojar a los ingenieros.

Me debatí. Si me quedaba iba a gastarme el resto de mi plata y no podría seguir viajando. Pero, por otro lado, estaban la casa abandonada con sus pajaritos y mariposas y ese hombre fuerte que andaba descalzo en la selva. Lo miré preocupada y le dije que se cuidara, no fuera a morirlo una equis.

**Cucarachas, ratas y murciélagos**

La casa llevaba tanto tiempo abandonada que por dentro estaba plagada de cucarachas, ratas y murciélagos. Nos pasamos los primeros días fumigando, arrancando las malezas que crecían en el concreto debilitado, sacando la tierra negra de los huecos que se habían formado y tratando de blanquear el moho de las humedades. Tenía goteras en todos lados.

Con el paso de las semanas, él se entregó a la pereza y a la marihuana. No me había engañado, pero nunca esperé que empeorara. Olvidó su lema y ya no trabajaba duro ni nunca. Se la pasaba todo el día en la hamaca mientras por la noche llovía adentro de la casa. Habíamos tenido que poner la cama en la sala, en el único punto donde no caía agua.

Le dije que ahora sí me iba y él se paró de la hamaca, prometió arreglar la casa esta vez sí de verdad y se puso a tapar las goteras.

Diez meses después solo había tapado las goteras y, cada vez que me desesperaba y amenazaba con irme, arreglaba las nuevas que se iban formando. Pero la casa seguía igual: tomada por el moho, las humedades, los huecos, la tierra negra y, si me descuidaba, las malezas y las alimañas que vivían al acecho.

El pelo le llegaba por debajo de la oreja. Al jaguar ya no lo visitaba nadie y nosotros lo seguíamos alimentando con las provisiones que enviaba el administrador, que hacía tiempo había abandonado su puesto. A mí se me había acabado la plata pero se me ocurrió que si recuperaba el jardín de las plataneras podría vender la cosecha.

### La equis

Los racimos de plátano son tan pesados que no podía cargarlos yo misma. Luego de muchos ruegos y amenazas y de prometerle un porcentaje de las ganancias, se fue a cortarlos. Regresó casi de inmediato, sin los plátanos, y se desplomó en el camino de entrada. Estaba tan mal que no pudo explicarme lo que le había pasado pero yo lo supe enseguida: lo había mordido una equis.

Las equis son unas serpientes venenosas del mismo color de la hojarasca, que se llaman así porque tienen una fila de equis en el lomo. Lo revisé. Tenía la mordedura en el tobillo derecho.

Ahora estoy decidiendo qué hacer. Sé que tendría que llevarlo a Juanchaco y rogarles a los militares que lo saquen en helicóptero al hospital más cercano. Les diría: «Es el voluntario que le construyó

la jaula al jaguar» y ellos no podrían rehusarse. Pero Juanchaco está muy lejos, en la reserva no hay nadie que pueda ayudarme a cargarlo y no tengo cómo llamar al Paisa, que tendría que llevarnos en su lancha.

Así que estoy pensando dejarlo tirado ahí mismo. La otra vez un venado murió por aquí cerca, los gallinazos y los gusanos se comieron el cuerpo y al cabo de tres días solo quedaban huesos y pelo.

---

Pilar Quintana, escritora colombiana, publicó en Chile *Capercita se come al lobo* (Cuneta, 2013). Su última novela es *Conspiración iguana* (Norma, 2009).

## 2

### La familia animal

#### Bernardo Subercaseaux



Probablemente recuerden la imagen televisiva de esa perrita porteña que en el último incendio se refugió bajo un contenedor y luego salió a buscar a sus 9 cachorros, que estaban, sanos y salvos, en un hoyo que ella misma había cavado; todavía no abrían los ojos pero apenas los sacó de la cueva se lanzaron a la leche de su escuálida mamá. Son dos instintos: el maternal y el hambre.

Los instintos son pautas heredadas de comportamiento que están en todas las especies animales. Conductas innatas, no aprendidas, desarrolladas en función de la supervivencia y la adaptación. Ese mismo instinto de la perra, mezcla de cariño, inteligencia y razón, deben haber tenido las lobas y perras que criaron a los más de 130 casos documentados de niños ferales, abandonados por padres alcohólicos, desaparecidos o muertos en la guerra, bebés que crecieron en guaridas, encontrados y amamantados por lobas o perras que los trataron con el mismo cuidado con que la quiltra de Valparaíso trató a sus hijos.

En India, en 1920, un predicador encontró en las afueras de Midnapore, en la madriguera de un bosque, a dos niñas escuálidas, a quienes la madre loba amparaba como si fueran sus retoños. Los nativos que le acompañaban desnucaron a la loba y apresaron a las dos pequeñas. En los primeros meses eran agresivas, arañaban, mordían y atacaban a quienes

se les acercaban. Defendían así a su *mamá* brutalmente muerta. Los ojos les brillaban en la noche y veían perfectamente bien en la oscuridad, su sentido del olfato estaba especialmente desarrollado. Amala y Kamala fueron llevadas a un orfanato y cuando, un año después, Amala enfermó de disentería y murió, Kamala se refugió por semanas en una esquina, aullando todas las noches. Oxana Malaya, una niña ucraniana, abandonada por sus padres alcohólicos, fue encontrada en 1991 en compañía de perros salvajes, de los cuales había adoptado conductas y modales. Gruñía y dormía acurrucada, comía sobras y carne cruda y olisqueaba la comida antes de ingerirla; tenía también, como Amala y Kamala, aguzados el oído, el olfato y la vista. Fue encontrada cuando tenía 7 años y recluida en una clínica para discapacitados de Odessa, en la que seguía gesticulando, tomando agua de la llave y enojándose y ladrando como si fuera un perro. La escritora australiana Eva Hornung, luego de enterarse por las noticias que en las afueras de Moscú había sido rescatado un niño-perro que deambulaba con una manada, viajó a Rusia y se documentó para escribir su novela-testimonio *El niño perro* (2010). Y así los casos suman y siguen...

El tema de los niños ferales interesa vivamente a la comunidad reflexiva y científica puesto que diluye la diferencia metafísica entre la condición animal y la condición humana. Giorgio Agamben cita en *Lo abierto. El hombre y el animal* el caso de una niña loba en cuyo modo de actuar la razón y la sensibilidad animal se

prolongan una en otra a través de transiciones imperceptibles. Las preguntas son innumerables. ¿Puede acaso hablarse de una naturaleza exclusivamente humana, al modo de una esencia? ¿Qué influye más en la construcción de un sujeto: la herencia, los genes o un determinado medio social y cultural? ¿Puede hablarse de un siquismo humano y de un siquismo animal como radicalmente diferentes? Después de los niños ferales, ¿no habría acaso que revisar la idea de una distancia insuperable entre la condición humana y la condición animal? ¿Hasta qué punto son una y otra maleables y fluidas? ¿No tiene acaso razón Jane Goodall, la antropóloga inglesa que ha vivido por décadas entre chimpancés, cuando afirma que los humanos no somos los únicos animales capaces de resolver problemas, ni los únicos en experimentar alegría, tristeza y desesperación, ni los únicos en conocer el sufrimiento, lo que debiera reducir nuestra arrogancia y eliminar nuestra creencia de que los humanos tenemos un derecho inalienable sobre otras formas de vida para nuestro propio beneficio?

Vuelva el lector a la imagen de la perrita porteña y de las perras y lobas que amamantaron a criaturas abandonadas, y estará probablemente de acuerdo en que la familia animal, sea como sea, es también una familia con todo lo que ello implica.

---

Bernardo Subercaseaux, profesor titular de la Universidad de Chile, es doctor en Lenguas y Literaturas Romances de la Universidad de Harvard. En 2014 publicó *El mundo de los perros y la literatura* (Ediciones UDP, con Cristián Montes y Megumi Andrade).

## 3

### El primo oso Alejandra Costamagna



Acaba de morir el oso polar del Zoológico de Santiago. Dicen que tenía dieciocho años, una melena blanca amarillenta y una mirada lánguida. Yo no lo conocí; hace más de veinte años que no piso el Zoológico. Pero hubo un tiempo en que fui una visitante regular del Parque Metropolitano. Y recorrí todos sus rincones con ojo atento, incluida la piscina del oso blanco que antecedió al mamífero que ahora acaba de morir.

Fue en 1977. Durante ese año mi padre nos llevó en su citroneta, a mi hermana y a mí, todos los domingos a las once y media de la mañana, con un propósito muy preciso. Había un concurso de dibujo infantil auspiciado por la revista *Icarito*, del diario *La Tercera de la Hora*, que convocaba a niños en dos categorías (de seis a ocho años y de nueve a doce) para que dibujaran a los animales del parque. Un bicho cada domingo. Yo gané dos veces: la primera con faisanes, la segunda con guanacos. Tenía siete años. En mis dibujos siempre había un sol poniéndose en la montaña con cuatro o cinco rayos tipo antenas de televisión y un pasto con puntitos que no alcanzaban a ser flores. El premio era la publicación de los dibujos en las páginas de *Icarito*.

Supongo que hoy estarán muertos esos guanacos, esos faisanes. Tal como están muertos los domingos en que mi padre buscaba rellenar las manzanas con estas dos mocosas

que hacían preguntas impertinentes, que no entendían por qué los discos de antes ya no sonaban en la casa, por qué los milicos en las esquinas, por qué la madre y él ya no, por qué, papi, por qué. Qué alivio debe haber sido para mi padre, pienso ahora, que a mi hermana y a mí nos entretuviera tanto dibujar animales cada domingo al aire libre. Que entráramos en otro mundo y nos perdiéramos un rato. Como la niña del cuento «Otro zoo», de Rodrigo Rey Rosa, que una tarde desaparece misteriosamente entre los animales salvajes mientras su padre la pierde de vista. Rey Rosa escribió ese cuento de corte fantástico mucho después de 1977 y en su relato el hombre se queda solo mientras reflexiona que el destino de los padres es perder a los hijos. En el mundo real que ahora recuerdo, en cambio, mi padre volvía con nosotras a la casa en la citroneta y almorzábamos, y en la tarde veíamos a mi madre, y al día siguiente había colegio y el año seguía corriendo.

Aunque, ahora que lo pienso, tal vez me hubiera gustado ser la niña que se pierde entre los animales. Y haber desaparecido un rato del paisaje de todos los días. En el tiempo de los faisanes y los guanacos, cuando en vez de hablar podía dibujar, cuando mi padre nos depositaba al lado de una jaula mientras él leía el diario y repasaba mentalmente las escenas de una vida que se desmoronaba, yo le pedía a un dios inventado que me volviera transparente. Por favor, diosito, por favor hazme invisible. Yo quería ver a los demás sin ser vista. Tras pasar las jaulas, el parque, los cerros, la ciudad. Pero ningún

dios me escuchó, por supuesto, y yo seguí siendo visible y luego crecí y ya no dibujé ni fui más al Zoológico. Y ahora, ahora que soy mayor que mis padres entonces, creo entender por qué mi papá cumplía su rutina con tanta precisión y nos dejaba ahí, medio a la intemperie, junto a esos bichos que casi se habían vuelto nuestros parientes. Era su forma de alejarnos del tedio de los domingos, pienso, de su propio encierro en ese rincón asfixiante que era Chile entonces y de unos demonios que nosotras desconocíamos. O, mejor y más simple: era una manera de inventarnos una familia de otra naturaleza. El tío faisán, el hermano guanaco, el primo oso. Aunque lo más posible es que yo esté interpretando todo mal y mi padre en realidad solo haya querido, en ese lejano 1977, que sus hijas dibujaran y fueran felices y le llenaran la casa de animales salvajes con un sol poniéndose en la montaña y cuatro o cinco rayos de sol.

Alejandra Costamagna es escritora y periodista, y ha publicado entre otros títulos la novela *Dile que no estoy* y los cuentos de *Animales domésticos*.

## 4

### **Maestro pájaro** **Andrea Maturana**



La escena es la siguiente:

Estoy con amigos de visita, hay un niño de dos años y toda la revolución que eso causa; hay niñas extra; hay el tráfico cotidiano de trabajo, cosas de la casa, etcéteras varios.

Si mal no recuerdo estamos almorzando, y llega mi hija menor del colegio.

Pero no llega sola.

Trae en la mano una caja improvisada y cara del gato de *Shrek*.

Es un animal, lo sé. Pienso, un perro/un gato..., un cacho, en suma. Yo soy de las que adoptan para siempre, no de las que cuando los bichos crecen los voy a tirar al descampado. Soy de las que se cambia de casa considerando la necesidad de los animales también: si tengo perro no me voy a una casa sin patio y regalo el perro. Si tomo el compromiso, es de por vida. Veo la caja y calculo unos quince años de matrimonio con el perro gato, o buscarle un dueño de buena familia con buenos antecedentes que lo quiera; tampoco se lo voy a regalar a cualquier persona. Yo creo que quizás ya he perdido hasta un par de amigos intentando enchufar los animales que se manifiestan en mi patio. Sí, se manifiestan. Es un caso de estudio para la ciencia, a ver si reconsideran la generación espontánea.

Volvamos a la escena: se me acerca, me muestra la caja.

Es peor de lo que pensaba. Adentro hay un pollo que morfológicamente es más una

jalea; tiene un par de plumas en las alas y el resto es rosado. Proporcionalmente es una máquina de «denme comida».

Mi hija:  
«Porfiyolocuidoporfi porfi».

Yo solo pienso: «Es muy chico/se va a morir/nunca he tenido pájaros».

«Se va a morir» viene con drama, porque acá cuando se muere un bicho lloramos todos.

Pero quién soy yo para decirle que no. Hace unos años metí al auto un conejito herido que estaba en mitad del camino. Era enano. Hice mil cosas. Recién cuando volví a la casa recordé que había un conejo dentro del auto. Él fue uno de los que lloramos. Duró muy poco. En fin.

Me tuve que capacitar. No sabía nada de pájaros. Me orientó un maravilloso ilustrador que ha criado todo lo que la naturaleza ha creado, o casi.

Era un zorzal. Llegó llamándose Bob (impresentable) y a poco andar se llamó Pi. Así quedó: Pi.

Pi no solo no se murió, sino que creció, sano y hambriento; le salieron plumas, se convirtió en un adolescente pájaro y, sin saber mucho cómo, un día yo estaba enamorada de un pájaro.

Es así, no tengo otra palabra. Si el amor es pensar constantemente en el otro, sonreír cuando lo recordamos, querer estar con él, sentir el corazón en la boca cuando oímos su voz, querer volver luego a casa para verlo, sí, yo me enamoré de Pi. Es un tipo de amor, claro está, no estoy hablando de amores divinos ni filiales, estoy hablando del amor humano, el más concreto.

Salió de su caja, Pi, y tuvo pieza propia.

Y yo fui testigo y parte de la intimidad de un pájaro. Sumida en el asombro, supe cosas que jamás habría imaginado: que cabecean, como tú y yo, cuando se están quedando dormidos. Que se arrullan para dormir, con un canto que no se parece a ningún otro canto. Que tienen cantos distintos para cosas distintas. Y que ese mono animado con un huevo que se rompe y el pollo que le dice «mamá» a lo primero que ve es fiel a la vida. Los pájaros se improntan. Lo aprendí en la escuela, estudiando vertebrados, pero lo aprendí de nuevo en el cuerpo siendo madre de Pi.

Pi me sentía acercarme y se tiraba contra la puerta. Apenas entraba, volaba encima de mí. Se dormía en mi mano, se secaba de su baño en mi cabeza y, cuando tenía que irme, no me dejaba salir.

A veces lo encontraba mirando nostálgico hacia fuera de la ventana. Entonces sabía, aunque no me gustara.

Mi guía criapájaros me decía «no estés mucho con él, para que no se impronte y pueda tener una vida normal».

Yo miraba pasar las horas en el reloj y anhelaba ese contacto sutil, porque no hay nada más sutil que la vida íntima de un pájaro.

Le enseñé a comer y aprendí que los zorzales escuchan la comida. Se paran muy atentos y apuntan «la oreja» hacia el suelo. Ahí donde escuchan movimiento, picotean. También aprendí que picotean al lote, para saber qué se come y qué no, y que esos picoteos duelen.

Pero lo que más duele de los Pi es cuando, asustados por el cambio de entorno, vuelan

hacia arriba y encuentran el único hoyito que quedó entre dos grandes pedazos de malla de kiwi, cosidos a mano por horas, para acondicionar un hogar intermedio en el jardín. Y así como estuvo tan estando, de pronto ya no está.

Los días que siguieron yo era la mujer que sale al patio a llamar a un pájaro. A hacer el pitido con el que le daba de comer. A decir bajito «Piiiiii». A ver todos los zorzales del universo.

Leemos tantas cosas sobre cómo criar a los hijos, y tan pocas sobre cómo dejarlos partir.

Yo tuve un maestro pájaro, que me enseñó que el pecho orgulloso de ver partir volando a una criatura que hemos criado también es el pecho lloroso del dolor de la despedida. Que me enseñó que no hay nada más generoso que hacer algo por alguien que nunca podrá pagarte. Hacerlo por hacerlo, por compasión, por amor.

Por la aventura de la vida. Que es así, leve.

Como el aleteo de un pájaro que se aleja.

---

Andrea Maturana es escritora. Ha publicado entre otros títulos *El daño* y *La vida sin Santi*.

## 5

## Un reality de hormigas

### Roka Valbuena



Quiero dejar constancia de que el sábado 14 de agosto del 2010, a las diez y media de la mañana, en Buenos Aires, se dio inicio al primer *reality show* de hormigas que haya ocurrido en el planeta. Ese día el señor Luciano Gullo, argentino, soltero aunque con tendencia a fornicar semanalmente con Marcela Guillade, y el que suscribe, el redactor R., una fiera ya emparejada y con la libido efervescente, se dirigieron a la Plaza Sarmiento con la intención de generar la noticia científica. Iban fumando sus respectivos cigarrillos Marlboro, los rojos, los de hombres brutales. Iban muy serios y conversando con esas frases cortas que dicen los detectives. Iban, a fin de cuentas, dispuestos a enfrentar el peligro y a cambiar el mundo. Gullo, entomólogo con síntomas de depresión y académico de la Universidad de Quilmes, y el señor R., una mayúscula con problemas económicos —es decir, dos enajenados—, estaban allí para capturar a cuatro hormigas silvestres. Dos hembras y dos machos. El experimento, que respondía a una valiente ocurrencia de Gullo, sería publicado en la revista del Departamento de Entomología de la Universidad de Quilmes. El desafío se duplicaba: no solo se trataba del encierro mediático de cuatro hormigas, sino que además hablábamos del primer *reality show* dotado de ortografía.

Y bueno, informamos, con una alegría tremenda, que la

captura resultó un éxito. Un inspiradísimo Gullo, quien se había fumado un remedio para fortalecer la concentración, atrapó enseguida a dos machos bordeando un árbol. Luego avisó que había detectado a dos hembras.

—¿Cómo sabe que son hormigas femeninas? —preguntó R., intrigado ante la falta de argumentos para tal aserto.

—Oficio —dijo con misterio el entomólogo.

No se veían diferencias físicas entre los detenidos y eso podía llevar a un equívoco: si los cuatro eran machos, se podía estar estimulando el primer *reality show* formícido gay.

—¿Y si fuera así? —encaró Gullo—, ¿tiene algo contra las hormigas gay, chileno?

—Nada, nada. Deben ser más creativas... —apacó R.

De manera que Gullo se mantuvo en su intuición y R. enjauló a las hormigas en un vaso transparente, marca Coca-Cola, y las trasladó corriendo a su living. Gullo y R. las iban a vigilar día y noche, atentos a los detalles de sus conductas y esperando con una libreta en la mano el glorioso momento de la vida sexual. Identificaron a los machos con un punto de ténpera azul sobre el tórax, y uno rojo para las señoras. Perforaron el vaso para darles oxígeno y les donaron un centímetro de lechuga. Las miraron fijamente, pero en cuatro horas no hubo interacción entre ellas. Los humanos abrieron las cervezas y los insectos seguían estáticos.

—¿Por qué elegimos hormigas? —preguntó R.

—Porque son grandes —respondió Gullo.

Porque las hormigas usan

anteojos oscuros para estar bajo tierra. Porque, como los campesinos, abren un ojo y salen a trabajar. Y si envejecen, pueden quedarse la tarde entera tendidas en el hormiguero. Porque ellas desde hace doscientos millones de años que tienen jubilación. Porque, lo juro, si una hormiga se aburre se puede drogar con un hongo y vagar alucinada por la plaza (y nunca sabremos lo que es una alucinación de hormiga). Porque viven apretadas y a veces se hospedan en un hoyo con seis mil millones de compañeras y no reclaman. Porque son atléticas y modestas. Porque son más. Porque las hormigas ayudan a los heridos. Porque tienen convicciones. Y porque, amigos, lo digo de verdad, las hormigas son buenas de corazón. Las hormigas son gigantes.

—¡Hora de fiesta! —gritó Gullo.

—¿Qué pasa?

—¡Che, una gota de cerveza Quilmes para las enjauladas!

—¡Lo merecen!

Les dieron un espumante banquete para brindar. Y se durmieron.

Al despertar los investigadores, cuatro insectos flotaban inertes sobre una gota elaborada con 7% de alcohol. No había nada que hacer. Para R. fue una de las imágenes más crudas de su vida. Habían matado a cuatro guerreros. ¿Y por qué? Por nada, finalmente. Somos más altos, pero no estamos a su altura. Gullo y R. —constato que no hay una sola exageración en esta historia— se abrazaron callados. No era el fracaso de un proyecto, sino la impotencia. Detuvieron la vida de cuatro seres impresionantes

## 6

por algo tan minúsculo como un reportaje. Apenas alcanzan a comprobar que los genios no tienen estatura. Desde un séptimo piso, sin más palabras, fueron lanzados los restos de cuatro hormigas al vacío. Y el entomólogo Luciano Gullo y el redactor R., dolidos, jamás se volvieron a ver.

---

Roka Valbuena es periodista y guionista. Fue conductor de radio y televisión, y hoy colabora en *La Segunda* y otros medios.

## Naturaleza vil

### Leila Guerriero



¿Qué es un animal? Dice el diccionario de María Moliner que es un «organismo vivo que posee sensibilidad, movilidad propia y alta capacidad de respuesta. Se diferencia de las plantas por la falta de clorofila y por necesitar oxígeno y alimentos orgánicos complejos para sobrevivir» y «Por contraposición al ser humano, otro animal cualquiera». Hablemos, entonces, de esos otros animales cualquiera.

Desde que tengo memoria, para mí un animal es un animal es un animal. En la casa donde me crié, en una ciudad mediana del interior de la provincia de Buenos Aires, no había mascotas —no queríamos tenerlas— pero atravesé la infancia y la adolescencia en contacto con animales (gallinas, cerdos, caballos, perdices), como es natural si uno vive cerca del campo. Siempre tuve, con ellos, una relación de respeto distante: ustedes en su mundo, yo en el mío, no hay obligación de compartir. Nunca les temí, pero jamás los traté como a adorables cachorros humanos ni sentí por ellos ninguna clase de fascinación. Leo ahora el prólogo de Bernardo Subercaseaux al libro *El mundo de los perros y la literatura*: «En mi vida personal jamás tuve un perro, ni siquiera me había detenido a pensar en lo que eso significaba (...) Para mí los perros eran como una cosa o a lo más tenían el mismo estatuto que una mosca o una abeja». Parafraseando, yo podría decir que todos los animales —perros, gatos, caballos, perdices, pájaros,

liebres o mosquitos— tenían para mí el mismo estatus: compartían una forma de vida que me era ajena.

En esa ciudad en la que me crié, los animales no sólo morían sino que, a veces, los matábamos. Vi a mis abuelos cortar cogotes de gallinas con un hacha para hacer un guiso y nunca pensé que fueran personas crueles, como jamás supuse que mi padre fuera un asesino por matar a una vaca enferma de carbunco con la cara comida por la infección, ni que mis hermanos y yo fuéramos desalmados por cazar patos o pescar peces que íbamos a comer. La frase de Paul McCartney, «si los mataderos tuvieran paredes de cristal, todo el mundo sería vegetariano», quizás funcione con espíritus urbanitas o criaturas que creen que un bife sale de una extraña fábrica de bifés, pero no es tan fácil con gente como nosotros: nuestro mundo cotidiano era un matadero con paredes de cristal, y no nos parecía un mundo indigno.

Hace veinte años conocí a Diego, el hombre con quien vivo. Es fotógrafo, camarógrafo, dueño de una veterinaria, sabe mucho de animales y tiene con ellos una conexión extrema que, así y todo, está en las antípodas de la melosidad. Viéndolo acariciar perros sarnosos en playas desiertas, o recoger pájaros moribundos, he sentido que los animales y él tenían una misma edad, una misma condición: ni niños ni adultos ni humanos ni animales. La perfecta otra cosa. Diego es piadoso con ellos, pero no complaciente: sabe que un mono puede ser adorable y, también, una máquina asesina. Sabe, en fin, que los animales

son animales y que, como cualquier fuerza de la naturaleza, no están del todo bajo control. Pero, aunque pueda parecer que veinte años de convivencia son tiempo suficiente para contagiarse, su relación con los animales no es la mía. Él es, entre ellos, uno más. Yo nunca pierdo mi condición de extranjera. Ni quiero.

En *El peso de los sueños*, el documental sobre la filmación de su película *Fitzcarraldo* en la selva amazónica, el director alemán Werner Herzog decía: «La naturaleza aquí es vil y básica. Sólo veo fornicación y asfixia y estrangulamiento y pelea por la supervivencia y crecimiento y veo cómo todo se pudre. Por supuesto, hay mucha desdicha. Es la misma que está alrededor de nosotros. Los árboles aquí son desdichados, los pájaros también. No creo que canten, gritan de dolor. No hay armonía en el universo (...) Pero cuando lo digo, lo digo lleno de admiración por la jungla. No la odio, la amo. La amo con locura. Pero la amo en contra de mi mejor juicio». Yo podría poner la firma al pie. A Diego, en cambio, toda esa asfixia y estrangulamiento y pelea por la supervivencia le resulta no sólo armónica sino necesaria. Cree que en los mundos naturales todo funciona bien: le parecen mundos sabios. Yo creo, con Herzog, que la naturaleza puede ser vil y básica. Y los animales forman parte de esa naturaleza.

En estos años, mi casa fue guarida de rehabilitación de iguanas, gatos, víboras, zarigüeyas y pájaros que llegaban en mal estado a la veterinaria de Diego y necesitaban cuidados extremos. Pasaban un tiempo

y, cuando se ponían bien, los veíamos partir con nuevos dueños o de regreso a su hábitat natural. Hace un año y medio, Diego trajo seis gatos siameses con un síndrome respiratorio agudo. Entre ellos, una gata ínfima, raquítica, llena de tos, que se comportaba como si fuese un enérgico mamut: investigaba los rincones, saltaba hasta alcanzar los picaportes, hacía esfuerzos ingentes por trepar a la mesa. Si los otros cinco, aún enfermos, se veían diez veces más saludables, ella parecía un león metido dentro de un cuerpo mezquino. Estornudaba y se le notaban las costillas y la columna vertebral parecía un himalaya capaz de atravesarla, pero era imparable, tan pequeña que cabía en la palma de mi mano, con una elegancia y una voluntad de vivir tan macizas que metían pavor. Empecé a cuidarla y me tomé su supervivencia como una causa personal. Cada mañana venía hacia mí, se trepaba por el pantalón y desde allí, medio colgada, me miraba con ojos desmedidamente grandes para un cuerpo desmedidamente chico. Me resultaba graciosa, llena de empeño y de coraje. Por las tardes, mientras yo escribía, se acurrucaba y se dormía en mi regazo. Poco después, llegó a casa otra siamesa, recién nacida, que una clienta de la veterinaria había encontrado en la calle. Si los demás la miraban con recelo, la gata ínfima, raquítica, llena de tos, se le acercó como una discreta compañera de desgracias. De a poco, los gatos ya rehabilitados empezaron a encontrar dueño. Pero la gata abandonada no podía enfrentar otro abandono tan rápidamente, y la gata

ínfima y raquítica parecía aún demasiado frágil para dejarla partir.

Al mes de convivir con los dos, la pregunta empezó a hacerse obvia: ¿qué vamos a hacer? Yo nunca había querido cuidar de nada vivo que no fuera yo misma. A Diego nunca le gustó la idea de tener un animal (porque, entre otras cosas, suelen morir antes que los humanos). Pero la posibilidad de que esa gata —por la que yo sentía un orgullo salvaje, una ternura extravagante y desconocida— fuera criada por otras personas me parecía inadmisible. Sólo que ¿gatos en casa? ¿Qué haríamos cuando nos fuéramos de viaje, cómo lograríamos que no se comieran los libros, no hicieran pis sobre el equipo fotográfico? ¿Por qué dos personas libres iban a atarse a la existencia de dos seres a quienes habría que cuidar y vacunar y alimentar?

No fue un tiempo fácil. Una mañana nos levantábamos con la convicción de que no pasarían una sola noche más en casa, y a la siguiente nos sentíamos incapaces de sacarlas de ahí. Un día, conversando con el escritor argentino Fabián Casas, dueño de Rita, una perra por la que él daría, y casi da, la vida, le conté de nuestras dudas mientras pensaba, con indignación, «¿qué hago yo hablando de gatos con Fabián Casas?». Recordé aquel poema de Fogwill, «Viejas puercas»: «Con perritos que cagan / estas veredas de Palermo. / Por aquí vivió Borges. / Esta es la esquina donde lo mataron en un sueño. / Por aquí estaba la carnicería. / Las viejas puercas no recuerdan nada, / ni saben. / Miran cagar a sus perritos /

y les hablan: / vamos ya que mamá hoy ahora está apurada». ¿Me estaba transformando en alguien capaz de salir a la calle con el suéter lleno de pelos, en alguien que al llegar a casa saluda antes a su animal que a su marido? Esa tarde, Fabián se despidió con un grito amable: «¡Quedate con la gata!». Por la noche me envió un mail: «Hay algo muy peligroso, individual e íntimo que yo siento cada noche en que duermo a mi hija. Sólo cuando sé que mi hija está condenada por mí, que la traje al mundo para morir y acepto eso, es cuando puedo ser su padre de manera cabal, liberándola y liberándome. Lo mismo es para cualquier ser querido». Vivo, desde entonces, con Diego y con dos gatas. Nunca las he llamado mías. Son seres a los que salvamos de morir y de vivir en la calle y por eso soy, somos, responsables. Pero un animal es un animal es un animal.

Hacia fines del año pasado, la gata frágil dejó de treparse a mis pantalones, de venir a mi estudio, de acurrucarse en mi falda. Su peso, su levedad conmovedora, su belleza lesiva, su forma de ovillarse entre mis manos: todo eso desapareció sin motivo de un día para otro. Y yo, que me había entregado sin pensarlo a esa ternura insensata, a ese afecto salvaje, a esa cumbre de la incondicionalidad que había entre ella y yo, empecé a preguntarme si volvería a mí, alguna vez, la gata que yo había conocido. Recuerdo que la escritora Alejandra Costamagna, conocedora del comportamiento de los gatos, después de una cena durante la que compartí con ella y con otra amiga mi preocupación

vergonzante —«La gata ya no me quiere»—, me dijo, mientras me dejaba en mi hotel, en Santiago: «¡Volverá!».

Y volvió, claro. Y volvió a irse. Y a volver. Porque, me dicen, así son los gatos.

Ahora, en las mañanas, se arroja a mis pies, girando sobre sí misma con una gracia dulce y pícara, y cuando estoy lejos la extraño: la suavidad de las orejas, el gorjeo que emite cada vez que da un salto para treparse a alguna silla. Pero aquella intempestiva indiferencia, aquella incomprensible frialdad, me recordaron lo que no debí haber olvidado nunca. Todavía no sé qué cosa fuimos juntas durante aquellos meses en los que ella aprendía a vivir mientras yo aprendía a cuidar de algo vivo. Ahora, como entonces, un animal es un animal es un animal: algo tan distinto de mí, tan desconocido, tan aberrante como un meteorito. Claro que, como dice Herzog, lo digo llena de admiración. La quiero. La quiero con locura. Pero la quiero en contra de mi mejor juicio.

---

Leila Guerriero es periodista. Sus últimos libros son *Plano americano* y *Una historia sencilla*.